

Raíces en el Equipaje

(Continuación)

Fragmento XI

Huanuni, junio 1921

He trabajado muy duro estas últimas semanas. La mina arrojaba constantes pérdidas y, en los diez años que ha estado en manos de Patiño, ha tenido doce directores diferentes. Ninguno de ellos fue capaz de sacarla adelante. En varias ocasiones, Patiño estuvo a punto de venderla. No es que las pérdidas lograsen mermar en algo su abultada fortuna, pero le daba mucha rabia perder dinero en algo que él sospechaba le podría dar enormes ganancias. Al contratarme, tenía la esperanza de que yo le arreglase la situación como por arte de magia. El recuerdo de mi éxito en el Kami era la causa de tanta expectación.

Lo que parece haber olvidado, es que tuve que luchar contra muchos inconvenientes para lograr el objetivo. En estas obras, la falla y la ambición humana son generalmente la causa de las pérdidas. Hace falta una mano dura y terminar con todos los compadrazgos. Al cabo del primer mes, aún no había logrado eliminar las pérdidas. Patiño me emplazó, furioso:

- ¡Lo he contratado con un sueldo millonario, y usted no ha cumplido la meta!

Su exabrupto no me logró intimidar. Al contrario, también yo me volví violento:

- Señor Patiño, si quiere escuchar un consejo, ¡cierre su maldita mina y así no perderá más dinero! Yo necesito más tiempo para poner orden; ¡pero al parecer se me está pidiendo un milagro!

Para mi gran sorpresa, Patiño enmudeció. Pensé que había llegado mi fin, y ya me estaba aprontando para dejar el puesto. Pero el director general, señor Loalza, comenzó a pacificar la situación. Creo que veía claramente que yo podría hacer algo. Nuestros irritados ánimos se calmaron, y logré obtener mayor apoyo para mis planes. Exigí libertad de acción en cuanto al contrato de personal y, sobre todo, en cuanto a los despidos. Me fue concedida. Comencé, entonces, a "desmalezar", como suelo llamar a esta operación. Volaron muchas cabezas, despedí a todos los compadres, parientes, amigos, etc. Gané infinidad de enemigos. En lugar de todos estos acomodados, puse gente trabajadora y de mi confianza. Además, eliminé los turnos de noche, que eran muy ineficientes. Por medio de estas medidas, logré que en corto tiempo al menos ya no hubiese pérdidas.

Huanuni, agosto de 1921

Por fin se terminó el tiempo de la espera. Elfriede está aquí; concluyó nuestra larga separación. El último mes estuve muy ocupado; el trabajo me absorbió con fuerza y me quedaba poco tiempo para arreglar nuestro hogar. Hice lo que pude, no sé si a Elfriede le ha gustado, pero se le ve bastante contenta. Para mi gran alivio, no enfermó de puna; hasta el momento el clima cordillerano le sienta bien. Fui a buscarla a Arica y seguimos en el mismo barco hasta Antofagasta, desde donde debíamos tomar el tren hasta Oruro. Su viaje lo realizó a bordo del *Ceres*, un buque holandés. Se veía espléndida; al parecer lo había pasado de maravilla. Después me enteré que sólo había tres mujeres entre todos los pasajeros; el resto eran hombres. No era de extrañar, entonces, que las hubiesen tratado como reinas. Los ojos de Elfriede competían con el color del mar, que se había adueñado de su alma. Sentí pavor. ¿Cómo reaccionaría, después de vivir ese sueño, al subir a la soledad de la mina? Sin embargo, una vez más tuve que aprender que Elfriede era una persona especial. Su naturaleza alegre y poco complicada le permitía ver siempre el lado positivo de las situaciones. Cuando llegamos a Oruro, sólo tuvo expresiones de sorpresa y encanto. Las casitas le parecieron románticas, el polvo no le molestó. A las indias que estaban a la



orilla de la calle, inclinadas en una ocupación poco decorosa, las encontré pintorescas. En ningún momento la vi deprimida o angustiada. ¡Qué distinta había sido mi reacción la primera vez!

No nos quedamos muchos días en Oruro; sólo lo necesario para introducir a Elfriede en el pequeño círculo de amistades (todos alemanes). Al terminar estas presentaciones, ella me dijo:

- No me parece estar en Bolivia, sólo he escuchado hablar alemán. ¿No conoces a ningún boliviano?

Tuve que reconocer que, aparte de mi relación con los trabajadores, mi contacto con nacionales era muy escaso. Me bastaba pelear en castellano con mis subalternos; el resto del tiempo prefería hablar alemán. Pero Elfriede venía dispuesta a conocer un mundo nuevo, no sólo una especie de colonia alemana en otro país. Cuando subimos a la mina, se contactó de inmediato con el cocinero y su familia. Con una rapidez impresionante logró entenderse con ellos, a pesar de la barrera del idioma. A los pocos días lo acompañaba al mercado y pasaban horas regateando y comprando. La mujer de Manuel, nuestro fiel cocinero, sucumbió a los encantos de Elfriede, y la seguía como un perrito por toda la casa. Le contaba historias de su familia y la introdujo en el mundo particular de los indios y mestizos. Elfriede aprendía con su corazón abierto. Nunca esas demos-

tracciones de amistad y confianza fueron motivo de abuso. Elfriede tiene el don de la verdadera nobleza: se impone por presencia, pero con cariño, y le tienen mucho respeto. Estoy gratamente sorprendido.

Después de los primeros días, cuando hubo pasado el mayor revuelo, retomé mi rutina habitual. Pero ya nada era igual que antes, para mi gran alegría. Acostumbraba almorzar sin detenerme mucho rato en casa, en forma distraída y siempre apurado. Ahora, en cambio, Elfriede me esperaba con la mesa debidamente dispuesta. Siempre conseguía alguna flor o plantita (no sé de donde), para adornar nuestro almuerzo. ¡Y la comida! Desplegaba todas sus dotes culinarias y sorprendía siempre con algo diferente. A veces se lucía con nuestros platos típicos (si lograba conseguir los ingredientes), pero por lo general cocinaba junto con Manuel. El era un excelente cocinero, pero Elfriede conseguía darle un toque personal a los platos de siempre.

Una tarde, sentados en la amplia veranda, contemplábamos el atardecer. Era un espectáculo nuevo todos los días: nunca aburría. Los cerros se tenían de los colores más insospechados: anaranjado, púrpura, indigo, violeta. Era una danza cromática que comenzaba muy luminosa; luego se tornaba violenta para después sumergirse suavemente en los tonos de la penumbra. Los cerros quedaban exhaustos, se entregaban a la serenidad de la sombra. La tierra parecía recobrar su aliento poco a poco; el cielo, cansado de colores, se apagaba para dar paso a las estrellas. Una mano invisible las iba encendiendo una a una. Entonces los cerros eran sólo siluetas, con su bien guardado secreto en sus entrañas minerales. Y luego se asomaba la luna. Timida al principio, como pidiendo permiso a los negros cerros recortados contra su brillo. Pero cuando las montañas le daban el paso, invadía el paisaje por completo. Se adueñaba del cielo: las estrellas palidecían, sometándose a su dominio. Era una luna poderosa. Nada que hubiese en el resto del paisaje se le podía igualar. Cualquier esfuerzo del día, cualquier penuria de estas soledades, cualquier tristeza o fealdad desaparecían envueltos en aquella luz. Nunca una noche podrá ser tan maravillosa como las del altiplano. Cuando ya nuestros ojos no podían absorber más luna y nuestros corazones casi no latían para no interrumpir el misterio, nos tomábamos de la mano, y entrábamos despacio, como para no molestarla.

- Espero que estés tan feliz como yo en este momento. Si no me equivoco, te gusta este lugar -dijo muy despacio.

- Herrman, querido, estoy muy contenta. He anotado todas mis impresiones en el diario; y no son quejas, te lo aseguro.

(Continuará).

REGINA VOGT BREHM, (1892-1970) poeta chilena